

Piamonte, quienes se arrogaban y se usurpaban á la vez, con la preponderancia en Italia, el título augusto y estéril de Emperador. Adelaida, viuda de Lotario, hijo de Hugo Rey de Provenza, é hija de Rodolfo II Rey de la Borgoña Transjurana, reunia en sí los derechos de estas dos casas al reino de Italia ó de Lombardía, é imploró el auxilio de Oton contra las violencias de Berengario II, que descendiendo por las mugeres del Emperador Berengario I de la familia del marqués de Ivrea, se habia apoderado del solio de los Reyes de Italia (1). Mas la presencia de Oton fue poderosa á desvanecer esta faccion despreciable; y conseguido este golpe contrajo el mismo Oton segundas nupcias con Adelaida, por ser él tambien viudo. Reunió entonces la Lombardía á sus propios estados, y de este modo dió origen á la dominacion de los alemanes en Italia, á fines del año 951. Dejóse vencer en el siguiente de las súplicas de Berengario que corrió en su busca á Alemania, y le restituyó sus estados con la condicion de que los tuviese en feudo de la corona de Germania, y le tributase homenaje. El ambicioso y turbulento vasallo tornó muy pronto á tender nuevas redes, excitó sediciones por todas partes, y ejerció una tiranía tan general y tan insoportable, que casi todos los obispos y los condes de Italia, como tambien el Papa, escribieron á Oton, ó le enviaron diputados para que los libertase de aquel azote. Lo hizo así, y despues de haber despojado de sus estados á Beren-

(2) *Chron. Cassin. lib. 1. cap. 61.*

gario y á su hijo Adalberto, depuestos por orden suya en la dieta de Pavía, se dirigió á Roma, donde recibió la corona imperial de mano del Papa el dia 2 de Febrero del año 962. De esta suerte pasó el imperio de occidente á los Príncipes de Germania, quienes le han conservado siempre desde aquella época.

17. Permanecia aun sentado en la Cátedra de San Pedro Juan XII. Este jóven y vicioso Pontífice, ya fuese por el miedo de que un Emperador virtuoso tratase de enfrenar sus pasiones desencadenadas, ó ya por un efecto de su inconstancia natural, volvió á llamar á Berengario no obstante de que habia contribuido á su espulsion, y violó la fe jurada solemnemente á Oton. No pudiendo persuadirse este Príncipe religioso y moderado una ingratitude y perfidia tan grande, envió á Roma algunas personas para que averiguasen la verdad (1). Los romanos respondieron por todas partes: „nada mas positivo que la rebellion del Papa Juan contra el Emperador; mas si deseais saber la causa, buscadla en el odio de Satanás á su Criador. El Emperador desea el bien del estado y de la Iglesia; y el Papa se complace en producir todo género de turbulencias y escándalos.” Referia cada uno en prueba de ello un pasage particular de la vida desordenada del Pontífice. Unos citaban la viuda de un tal Rainiero, á la que habia dado, por efecto de una pasion desenfrenada, no solo el gobierno de muchas ciudades, sino tambien cruces y cá-

(1) *Luitpr. lib. 6. cap. 6. = Suppl. Regin. ann. 963.*



licés de oro de la iglesia de San Pedro; y otros hacian mencion de una tal Estevanilla, que habia espirado al dar á luz un niño concebido de él. Afirmaban todos que el palacio de Letran, en otro tiempo morada de Santos, se habia convertido en el pontificado de Juan en escuela de prostitucion y de incestos, y en infame albergue de su concubina favorita, hermana de la de su padre. „No hay muger honrada, añadian, que ose visitar la iglesia de los santos Apóstoles, por ser público que en ella violó muchas, ya vírgenes, ya viudas, ya casadas. Hermosas ó feas, dichosas ó infelices, nobles ó plebeyas, todas halagan su insaciable y brutal concupiscencia; y he aquí la razon porque le acomoda mas el partido de Berengario que el del Emperador.”

Oton, que no queria dejarse preocupar con las detracciones de los romanos, y ansiaba tranquilizar un pueblo que estaba visiblemente irritado, dijo hablando del Papa: „Es todavía jóven, y podrá corregirse con los egemplos y consejos de los hombres de bien.” Trabajó en efecto mucho para reducir al inconstante Pontífice al partido de la razon y de la virtud. Cedió Juan, aunque solo en la apariencia, y envió diputados al Emperador para ofrecer que se corregiria de los excesos que habia cometido á impulsos de sus pocos años. Al propio tiempo demostró no obstante su poca rectitud convidando á Adalberto, hijo de Berengario, á que volviese á entrar en Roma, donde le recibió con grandes honras y distinciones. Estaba á la sazón ocupado el Emperador en el sitio de

Montefeltro; en el que empleó todo el verano; y dirigióse luego sin detencion á Roma, de donde huyeron el Papa y Adalberto con todo lo que consiguieron arrebatarse de los tesoros de San Pedro.

18. Celebróse tres dias despues de la llegada de Oton un numeroso concilio en presencia de este Príncipe, á ruegos de los romanos y de los obispos mas cercanos (1). Al punto que guardaron todos silencio, dijo el Emperador: „muy útil seria que el Papa Juan presidiese una asamblea tan venerable.” Interrumpiéronle entonces mil voces que decian: „¿ignorais vos lo que es público en todo el orbe? Tan grande es la publicidad de sus delitos como su descaro en cometerlos; y él propio no practica diligencia alguna para ocultarlos. Es pues necesario, contestó el Emperador, proponer individualmente las acusaciones.”

Pedro, presbítero cardenal, se levantó y dijo, que el Papa Juan se burlaba de la Religion, y que él le habia visto celebrar el santo sacrificio de la misa sin comulgar. Juan, obispo de Narni, y Juan, diácono cardenal, declararon que habian presenciado como ordenó á un diácono en una caballeriza. Testificaron muchos clérigos y legos que no rezaba las horas canónicas, que no se persignaba, y que jugando á los dados habia invocado á Júpiter, á Venus y á los demás dioses del paganismo. Leyó Benedicto, diácono cardenal, una acusacion en nombre de todos los presbíteros y de todos los diáconos, afirmando que el Papa vendia las consagraciones episcopales, y que

(1) *Tom. 9. Concilior. pag. 648.*



habia consagrado para la silla de Todi á un niño de diez años. Repitieron como un hecho indudable, además del concubinato con Estevaniila, su comercio vergonzoso con la viuda de Rainiero, con otra viuda llamada Ana y con su propia sobrina. Afirmaron que habia mandado sacar los ojos á Benedicto, su padre espiritual, de cuyas resultas espiró al instante: que fue autor de la muerte de Juan, cardenal subdiácono, y no satisfecho con esto hizo que se le mutilase de un modo ignominioso; y por último que despreciando toda decencia y circunspeccion, habia aparecido en público vestido de cuantas armas puede llevar un guerrero.

Despues de tantas acusaciones dijo todavía el Emperador: „acontece muchas veces, y lo sabemos por experiencia, que las personas constituidas en dignidad son calumniadas por los envidiosos y murmuradores. Por tanto os ruego en nombre de Dios, á quien no podreis engañar, en nombre de su santa Madre, y por el cuerpo de San Pedro en cuya iglesia estamos, que no pronuncieis contra el Papa hecho ninguno de que no haya sido autor, y que no puedan justificar testigos de toda escepcion.” Respondieron los obispos, el clero y el pueblo romano todos á una voz: „si el Papa Juan no es reo de todo lo que acaba de leer el diácono Benedicto, y de otros muchos delitos tan vergonzosos que no hay quien ose revelarlos, ciérrenos el Príncipe de los Apóstoles la entrada en el cielo, y pónganos Dios á la izquierda como objetos de anatéma. Si no nos dais crédito, dadlo al menos á

vuestro egército que hace cinco dias le vió á la otra orilla del Tiber con espada, adarga, morrion y coraza; y á no haber sido por el rio le hubieran sorprendido en este trage.” El Emperador convino en que habia tantos testigos de esta rebelion escandalosa, cuantos eran los soldados de su egército.

Resolvieron citar canónicamente al Papa, tratándole sin embargo con todo respeto, y rogándole que concurriese á justificarse de las acusaciones referidas, de las que le dieron exacta noticia, ofreciéndole con juramento proceder en todo segun las reglas de la Iglesia. Mas siendo esto justamente lo que él mas temia, respondió como jóven temerario, y no se acordó de su dignidad sino para acelerar su ruina, fulminando anatéma contra los obispos en caso de que osasen elegir otro Papa. Leyerón esta respuesta en la segunda sesion del concilio, y resolvieron escribir otra vez á Juan, prometiéndole que se defiriria á su autoridad siempre que se presentase á justificarse en la asamblea de los padres; pero que si persistia en su contumacia, despreciarian su escomunion haciendo que recayese sobre él. No fue posible hacerle saber este segundo aviso ni el tercero, porque se habia fugado el Pontífice, y nadie daba razon de su paradero.

Dieron cuenta de estos acontecimientos en la tercera sesion, y olvidándose los padres de que el Papa no dependia de un concilio particular, se esplicaron así escandalizados de su conducta: „á un mal tan estraño es necesario aplicar un remedio estraordinario. Si este Papa no perjudicase á nadie mas que á sí mis-



mo, se le debería tolerar; pero es un monstruo pernicioso colocado en su dignidad para perdición de las almas y oprobio de la Silla apostólica. Y dirigiéndose despues al Emperador: os rogamos, continuaron, que libreis de él á la Iglesia, y que contribuyais á la eleccion de un Pontífice capáz de remediar tan graves males. Convenimos en ello con mucho gusto, dijo el Príncipe, porque nada puede sernos mas grato que ver dignamente ocupada la santa Sede."

19. Todos nombraron al momento unánimemente á Leon, primer oficial de los que estaban encargados de la custodia de los archivos romanos; hombre de gran probidad, pero que sacado con tanta precipitacion de un egercicio puramente lego, se encumbra- ba á la santa Sede contra lo prevenido por los cánones. Por esta razon se han equivocado algunos modernos acerca de la verdadera causa de hallarle en el número de los Antipapas, causándolo únicamente la nulidad de la deposicion de Juan XII á quien sucedió Leon. Consagrado en el dia 6 de Diciembre del año 963 con el nombre de Leon VIII, no fue Papa legítimo hasta el mes de Junio del año siguiente, en que le reconocieron de nuevo despues de la muerte de Juan XII, acaecida en 14 de Mayo de 964, y despues de la dimision voluntaria de Benedicto V, á quien nombraron sucesor de Juan por la inconstancia de los romanos. Benedicto, diácono sabio, virtuoso y digno del pontificado si no hubiese mostrado tantos deseos de conseguir esta dignidad, obligó al Emperador Oton á pasar otra vez á Italia. Dirigió-

se este Príncipe á Roma con un egército formidable, y reunió en aquella ciudad un nuevo concilio. Confesóse Benedicto violador del juramento hecho por los romanos de obedecer á Leon, y de no elegir Papa sin la anuencia del Emperador: pidió perdon, se despojó por sí mismo de las insignias pontificias, y fue conducido á Alemania. El Emperador, siempre moderado y atento á la tranquilidad de la Iglesia, habia resuelto restituírle á los romanos cuando murió en Hamburgo á 5 de Julio del 965, esto es, tres ó cuatro meses despues de la muerte de Leon. Eligieron entonces, con el nombre de Juan XIII, al obispo de Narni, á quien elevaron á la santa Sede el primer dia de Octubre de este mismo año, en presencia de los obispos de Spira y de Verona, nombrados por el Emperador para concurrir á la eleccion y confirmarla.

20. Al partir para Italia el Rey Oton habia abandonado sus estados de Alemania, dejando á su hijo, llamado tambien Oton, bajo la direccion de su hermano Bruno, arzobispo de Colonia y duque ó gobernador de Lorena. Unos cargos tan distintos y por lo comun tan incompatibles, no lo fueron para el santo prelado. No lograron distraerle de los egercicios de la Religion ni aun del estudio, los cuidados del gobierno, cuyo encargo desempeñó á satisfaccion del Príncipe y de los vasallos; antes bien con su ejemplo y persuasiones inspiraba el amor á las ciencias á cuantos andaban á su lado. El objeto de su mayor atencion fue formar obispos ilustrados y virtuosos



en la parte occidental del reino de Lorena , en donde estaba el clero en extremo relajado. No obstante , parecia que todos sus deseos tendian al único fin de la felicidad de la vida futura , por lo que suspiraba con frecuencia en el discurso de la noche. Condenado á vivir en medio del fausto , y á tomar parte en las frívolas diversiones de la corte , lloraba en el fondo de su corazon por la esclavitud á que estaba reducido. Apenas probaba nada en los mayores convites , y sin embargo mostraba tanto regocijo como otro cualquiera. Distinguíasele en medio de sus criados y de sus vasallos cubiertos de púrpura y de oro, solo por la dignidad que resplandecia en sus acciones, y por la noble sencillez que eclipsaba todas las pompas de la vanidad mundana.

21. Luego que regresó de Italia el Emperador su hermano , corrió á Colonia á manifestarle lo muy satisfecho que estaba del modo con que se habia portado durante su ausencia. Celebraron juntos la fiesta de Pentecostes , tributando gracias al Señor con muestras estraordinarias de piedad y de ternura. Al separarse parecia que habia tomado incremento su afecto recíproco por un presentimiento secreto de que no volverian á verse , y se abrazaron vertiendo uno y otro copiosas lágrimas. En efecto , habiendo ido á Francia el santo arzobispo con ideas muy superiores á las de la política para reconciliar á sus Príncipes, á quienes no miraba como rivales sino como hermanos , cayó peligrosamente enfermo en Compiègne. Ordenó que le llevasen á Rems , á cuyo arzobispo Odal-

rico apreciaba mucho por sus virtudes (1). Sabiendo que estaba cerca su última hora aunque contaba solo cuarenta años , se confesó , pidió el Sacramento del cuerpo y sangre de nuestro Señor , y le recibió postrado en tierra con unos sentimientos de humildad y compuncion que arrancaron las lágrimas á una multitud de obispos y de caballeros que se hallaban allí, atraidos de la fama de su virtud aun mas que de la nobleza de su sangre. Espiró pues con general sentimiento , el dia 11 de Octubre del año 965 , duodécimo de su obispado. Trasladaron á Colonia las reliquias de un pastor tan querido , y las depositaron en el monasterio de San Pantaleon , que habia fundado él mismo.

22. Odalrico de Rems , á quien San Bruno mostró mucho aprecio en un momento en que no son engañosas las demostraciones , habia sido colocado en aquella silla para estorbar los efectos perniciosos de un cisma que habia affligido mucho tiempo á su iglesia. Herberto , conde de Vermandois , en el año 925 habia elevado á ella á su hijo menor llamado Hugo, que contaba á lo sumo cinco años. Encumbrado este niño á la dignidad de obispo contra todos los principios del derecho y de la razon , y defendido por un padre inquieto y poderoso que se hacia temer de los mismos Reyes , habia sido confirmado por los Papas, ya porque se les hubiese sorprendido con artificios, ó ya por un efecto de desidia que en aquel siglo infeliz fue el menor lunar de muchos de ellos. Eligie-

(1) *Sigeb. Chron. ann. 965.*